

CHRISTINE

1

La pequeña vivienda de mis padres no tenía más que dos habitaciones y la cocina.

La cocina era mi dormitorio. Mamá no quería dejarme acostar en el comedor porque decía que salpicaba el papel pintado cada vez que me aseaba, y que inundaba el parquet encerado cada vez que me lavaba el trasero.

Mi cama plegable, que estaba guardada en la antecámara, era desplegada por la noche delante del horno. Y, puesto que en la cocina no se oía nada de lo que pasaba en la habitación, en cuanto yo me metía en la cama mamá podía hacerse joder por papá sin tener que decirle: "¡Despacio, cariño! ¡La niña nos va a oír!", que era lo que sucedía cuando me acostaba en la habitación y pegaba la oreja al tabique tan pronto como escuchaba los chirridos de su somier.

Una noche, a las 9, me disponía a desnudarme cuando llamaron a la puerta. Fui a abrir y proferí un grito de alegría:

—¡Christine!

—¡Cierra el pico! —dijo en voz baja y muy deprisa—.

Vengo a acostarme aquí. Ya te explicaré. Cuando yo haya hablado con tu madre, dile que puedo dormir contigo. ¿Entendido?

En aquel momento, papá y mamá abrieron la puerta, y Christine comenzó a decir, adoptando un tono hipócrita:

—Buenas noches, señor, señora. Vengo a causarles molestias. Verán, el caso es que mi mamá cena esta noche en Nogent y no se atreve a volver sola, de madrugada, cruzando los bosques de Vincennes, por temor a los sátiros. Regresará mañana, y para que no me quede sola quiere saber si podría acostarme en su casa. Con un colchón en el suelo me las arreglaré, no necesito más, si no les molesta.

—¡Un colchón! —exclamé—. ¿Y por qué no en mi cama? Podemos acostarnos las dos perfectamente, Titine.

—Tu cama es demasiado estrecha —dijo papá—. Christine no podrá dormir.

—¡Oh! Yo soy como Nénette, apenas me he acostado y ya estoy dormida.

Estuve a punto de reventar de risa, pero me contuve. En un minuto se organizó todo. Nos metieron en la cocina con una vela. Empujamos la cama contra la

puerta para bloquearla, y Titine, con los brazos en jarras, dijo:

—¿Has visto? Ha sido mucho más sencillo de lo que parecía.

Roja de admiración, le salté al cuello:

—Eres asombrosa, ¿sabes? Y además, llegas justo a tiempo. Aún no me había masturbado.

Mientras hablábamos, le agarré el coño a través de la falda.

—Mete la mano por debajo —me dijo—. No muerde. Babea, pero no es malo.

Ahora, por fin, pude asirlo sin trabas. Sus pelos me hacían cosquillas en la palma de la mano. Lo acariciaba, separaba sus labios, tocaba la pepitilla...

—Espera un minuto —dijo Titine—. Yo no he visto nunca el tuyo. Vamos a enseñármolos, ¿quieres? Arremángate.

Christine era hija de una vecina que vivía enfrente y que trabajaba como costurera. Nuestras madres se habían conocido en la frutería, y nosotras en la calle. Ella tenía 16 años, yo 14, y nos habíamos hecho amigas tan deprisa que al cuarto de hora de comenzar a hablar yo sabía ya que la habían desvirgado, pero que le gustaba más la lengua que la polla y las chicas que los chicos. En voz baja me había dicho: "¿Sabes lamer el chocho?". "Sí." "¿Y podré tener esa lengüecita tuya en mi culo?" "Sí. Pero ¿cómo lo haremos? Sólo tenéis una cama para tu madre y para ti..." "Ya verás. Tú y yo nos

acostaremos juntas." Ocho días más tarde, lo conseguía como acabo de contar.

Al decirme que me arremangara, me volcó en la cama, levantó mis muslos, separándolos, y me dijo que me sostuviera las piernas con las manos. Yo reía.

—¡Desde luego...! —le dije—. De la manera en que me has puesto, seguro que lo ves. Me haces reír, me miras los dos agujeros.

Pero ella estaba seria y, arrojándose sobre mí, vientre contra vientre, boca contra boca, me dijo con voz ardiente:

—¡Oh! ¡Qué chocho más guarro, con sus pelos rubios y sus labios rojos! ¿Quieres ver mi culo? ¿Sí? Cuando lo hayas visto bien, me lamerás. Estoy mojada...

—Desnudémonos antes.

—No. Así, bajo las faldas. Es más cálido.

Y se tumbó boca arriba, levantó las piernas ante la vela, como me había hecho hacer a mí, y me ofreció el coño más hermoso, la entrepierna más apetecible que verse pueda. El abundante felpudo lucía una borla de pelos rizados color palisandro; los labios eran gruesos y cortos; en el interior, rojo oscuro, el clítoris destacaba como si fuera la picha de un perro en celo; y todo eso se ofrecía rodeado de un gran anillo de pelos tan enmarañados que lo hacía parecer el nido de un pájaro.

Con un coño tan bonito, ¿cómo era posible que le gustara el mío? A mí no me satisfacía demasiado. Mis

pelos apenas comenzaban a salir, y no eran ni mucho menos rizados. Además, como desde la edad de ocho años tenía siempre la mano en el culo, y como me estiraba los labios del coño para proporcionarme placer, lo que había entre mis piernas eran dos belfos rosados como un hocico, que hacían reír a mis amigas cuando jugábamos a enseñarnos la raja o a masturbarnos una delante de otra. Por otra parte, lo único que había dicho Christine era que tenía el chocho guarro; en cambio, a mí el suyo me parecía precioso.

Como estaba muy mojada, le lamí el coño entre los labios como un gato que bebiera leche. Lo saboreé.

—Está bueno —le dije.

Ella me apretó la cara entre sus muslos y volvió a separarlos. Entonces, para mostrarle lo que sabía hacer, le di unos diez lametazos rápidos en la pepitilla, tan deprisa y tan bien que ahogó un gritó:

—¡Ah! ¡Putal! —exclamó.

Luego, cuando me deslicé en la cama para situarme junto a ella, intentando besarle en la boca, Christine jadeó, chupó mi lengua por un instante y me suplicó:

—Acaba, Nénette, tengo muchas ganas, ya viene. No me dejarás correrme sola, ¿verdad?

Pero yo, sintiéndome deseada, quise imponerme:

—Así, no. Desnudas será mucho mejor.

—No. No aguanto más. Rápido. Házmelo. Acaba...

Yo no quise ceder. En dos minutos me desnudé,

mientras ella hacía lo propio. Exigí incluso que se quitara los zapatos, las ligas y las medias. Sólo entonces, desnudas como dos gusanos, nos abrazamos en la cama y yo volví a colocar la cabeza entre sus piernas.

¡Ah! ¡Qué poco tardó! Apenas hube comenzado de nuevo, todo su cuerpo comenzó a temblar y, con cuatro culadas, se corrió. Entonces pareció desvanecerse, pero luego volvió en sí y se acostó encima de mí, cubriéndome de besos:

—¡Mi tortillera! ¡Mi niña! ¡Mi guarra! ¡Cómo utilizas la lengua! Puedes presumir de ello. ¿Quién fue la cerda que te inició?

—Aprendí en el colegio.

—¿Aprendiste en el colegio? ¡Pero bueno! ¿Acaso le comías el culo a la señorita?

—No, no era yo quien le gustaba; pero lo hacía con las chiquillas.

—¿Y dónde ibais?

—¡Oh! Ya te lo contaré después. Yo también tengo ganas, ¿sabes? Ahora te toca a ti currar.

—¿La señorita desea que la descorchen?

—¡Pues claro! Yo ya te lo he hecho a ti, ¿no? Ahora tienes que devolvérmelo. Es mi turno.

Christine me levantó tanto las piernas que las rodillas se me incrustaron en las axilas. Luego, tras haberme besado el coño y frotado la boca contra él, lo toqueteó con curiosidad.

—¡Qué guarrada de chocho! —repitió—. Nunca había visto un virgo con un aspecto tan marrano. ¿Es que te pasas el día toqueteándote los belfos?

—¡No paras de hablar!

Christine los tomó entre sus dientes y los chupó uno tras otro. Yo me estremecía. Su lengua se paseó alrededor del coño, por las ingles, por el ombligo, me golpeó suavemente los pezones, que apenas despuntaban, descendió a lo largo del vientre, rozó mi pepitilla..., me volvía loca..., y continuó su recorrido. Christine era mucho más experta que yo. En mi vida me habían lamido tan bien. Ahora sentía su lengua debajo del coño; todavía más abajo y siempre vibrante, me hizo cosquillas en el ojete del culo, lo abrió con los dedos y sumergió en él toda su lengua, seis veces, lo más profundamente que pudo, como hacen las chicas para demostrarse que se aman. Yo estaba orgullosa de que Christine me lo hiciera, porque Christine era tan guapa...

Y cuando regresó a mi pepitilla, me había puesto tan caliente que me corrí casi de inmediato, en el espasmo más intenso que haya sentido jamás en mis entrañas.

Tras un minuto de abatimiento, me acurruqué entre sus brazos, contra sus tetas morenas y desnudas.

—Gracias, Titine.

—¿Te ha gustado?

—¡Oh, sí!

—¿Quieres que volvamos a empezar?

En seguida, no... Oye, quiero decirte algo al oído... Me has metido la lengua en el agujerito... O sea, que me quieres.

—¡Grandísima tortillera! ¡Lo sabes de sobra!

—Yo también te quiero... Te haré lo mismo que me has hecho a mí... Antes no me atreví, no sabía si te gustaba eso...

Se rió y se dio la vuelta. Yo se lo hice con todo el cuidado del mundo y lo más profundamente que pude, para que estuviera segura de que la amaba de los pies a la cabeza. Después me incorporé, completamente roja.

—¿Sabes lo que se hace ahora?

Las puntas de nuestras lenguas vibraron y se sumergieron una en la boca de la otra.

—¡Ya está! —dije alegremente—. Somos una pareja de tortilleras.

—No. Has olvidado algo. ¿Tienes unas tijeras?

Le di unas. Se cortó los tres pelos más largos que tenía en el felpudo y los ató en forma de anillo alrededor de mi cuarto dedo.

—¡Ahora sí que estamos casadas!

—¿Y el señor cura?

—No se lo diremos.

Por mi parte, como tenía los pelos demasiado cortos para ofrecerle a Titine su anillo de boda, me arranqué tres cabellos de la cabeza, hice con ellos un anillo y se lo di. Luego le dije:

—Tú eres el marido, Titine, yo soy la virgen. Monta encima de mí. ¿Dónde tienes la polla?

—Tú estás muy espabilada para ser una virgen. Y además, no lo eres tanto. Puedo meterte todo el dedo... Claro que el interior no es muy ancho.

—¿Crearás que el martes de carnaval intenté desvirgarme con una salchicha?

—¿Con una salchicha?

—Sí. Estaba rabiosa por tener que acostarme sola. Cogí una salchicha de la despensa e intenté joder con ella. ¡Dejé la cama tan manchada de sangre que mamá pensó que tenía pérdidas! Y después me masturbé cuatro veces en lugar de dos, como tengo por costumbre. ¡Oh! Hay noches en las que el culo te pica tanto que harías el amor con un perro, ¿no es cierto?

Christine se dio la vuelta riendo, con los brazos por detrás de la cabeza, y yo la contemplaba.

—Tienes pelos debajo del brazo. ¡Qué bonito! Yo no tengo nada. Ahí no me crecen.

—¡Vamos, vamos! Enseguida crecerán. Conozco a una que se rasura el coño para hacer creer que no tiene pelos. A algunos clientes les excita mucho.

—¿Clientes? ¿Es que es puta?

—No. Es bruñidora; pero por las noches, al regresar del taller, si algún tipo se lo propone se va con él. Como mínimo, son 100 pavos de ganancias.

—Y se ganan más rápido chupando que trabajando, ¿no? Yo, si papá hubiera querido, hace tiempo que sería puta.

—No siempre resulta divertido.

Christine había dicho aquello con un tono tan triste que estuve a punto de preguntarle..., pero me contuve. Con todo, para averiguar alguna cosa le hice otra pregunta:

—¿A qué edad empezaste a lamer chochos?

—Lo he hecho siempre.

—¿Siempre? ¿No sabes con quién lo hiciste primero?

—Con mamá.

Me quedé estupefacta y no respondí. Ella, al percibir mi asombro, comenzó a explicar:

—Escucha, mamá es tortillera. Pero tortillera de verdad, más que tú y que yo. Lo lleva en la sangre, ¿comprendes? Nosotras preferimos a los chicos, por supuesto; y cuando sostienes en la mano una polla tiesa, sientes una especie de pellizco en el chocho, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Bien, pues a mamá eso la deja tan fresca. Los hombres le repugnan. Pueden tenerla ensartada durante tres cuartos de hora y no correrse. En cuanto a las mamadas... ¿Tú chupas pollas? ¡Oh! Puedes decirlo, yo también las chupo. Di que lo haces.

—A veces, pero no con cualquiera.

—Bien, pues mamá, cuando se la chupa a alguien vomita, y no es ninguna broma, yo la he visto.

—Entonces, ¿no tiene amantes?

—Sí, pero todos tienen dos agujeros bajo el rabo.

—Pues a ti no te haría con una mujer...

—No sé nada, palabra. Aún no había cumplido los trece cuando le sucedió esa desgracia. Acababa de venirle la regla. Una noche, después de una fiesta, la emborracharon, la desvirgaron, y ya está, si te he visto no me acuerdo. Jamás supo quién había sido. Cuando yo tenía cinco años, ella tenía dieciocho, o sea que no era mayor, y que yo recuerde, desde mis cinco hasta mis doce años mamá estuvo siempre con una u otra. Le duraban seis meses, un año... La gran Berthe se quedó veintidós meses...

—¿Y dormían juntas?

—¡Pues claro! Y yo en la misma cama. ¡Imagínate si he llegado a ver lenguas en el chichi y culos en la cara! Sin contar con que yo también formaba parte del lote. Siempre he lamido chochos, ya te lo dije.

—¿Y está sola desde que cumpliste doce años?

—Sí, sola conmigo desde que empecé a correrme. ¡Oh! Cuando vio aquello echó a su tortillera a la calle. ¡Hubiera despreciado incluso a la reina de Inglaterra! Un capricho que todavía dura. ¡Pero es comprensible! Las tetas más hermosas son las mías, el culo más bello es el mío, la mejor lengua es la mía, la mejor leche es la mía...

—¿Y a ti te gusta? Para... para el asunto de... lamer.

—Sí. No me excita como tú, desde luego. ¡Imagínate! Conozco de sobra su conejo...

—Se puede decir que desde que naciste.

—Pero es una mujer guapa, a sus veintinueve años. Les lamemos el chocho a muchas más feas que ella.

Me quedé pensativa y no hice más preguntas. A mí también me parecía guapa la madre de Christine. Me hubiera gustado tener una madre como ella, que me lamiera antes de dormir. Yo, a mi vez, se lo hubiera hecho a ella. Sin embargo, pensé que era algo realmente curioso abrir un coño y decirse: "Yo he salido de ahí". Y luego masturbarlo, lamerlo, hacerlo gozar... Suspiré profundamente.

Una de mis manos jugaba con los pelos de Christine. La otra le acariciaba el pezón. Ella sonrió. Me puse encima de ella, le pedí la lengua, se la chupé y luego le susurré en la boca:

—¿Quieres que hagamos el sesenta y nueve?

—Sí, pero una después de otra.

—¿Cómo que una después de otra? El sesenta y nueve es las dos a la vez.

—¡No seas tonta! Las dos a la vez es una lata. La primera que se corre para de lamer y la otra se queda a dos velas. Voy a enseñarte cómo hay que hacerlo. Tú te pones boca arriba con las piernas abiertas, yo me pongo encima de ti haciendo el sesenta y nueve, y te lamo.

—¡Genial!

—Pero tú no tienes que lamerme. Si quieres, para entretenerte me besas el coño y me lames los belfos o el ojete del culo, pero sin tocar la pepitilla.

—¿Y tú qué? ¿No gozas?

—Sí; cuando tú hayas gozado, nos damos la vuelta, te pones encima y me haces lo mismo que te he hecho yo a ti.

Cuando estuvimos colocadas, el coño de Christine apareció ante mí transformado. Estaba del revés, con el pelo colgando, completamente abierto y todavía rojo por haber acabado de correrse. Presa de los estremecimientos provocados por la lengua de Christine en mi propio coño, abrí su carne apartando los labios y la besé como si fuera una boca.

—¡Ah! ¡Puerca! ¡No me excites! ¡Me has puesto caliente! —exclamó, interrumpiendo sus movimientos—. ¡Te he dicho que, si empezaba a gozar, dejaría de lamerte!

Su clítoris, en efecto, sobresalía con pequeños sobresaltos significativos. Lo dejé que se encabritara en el vacío y me contenté con mojar en la vagina mi dedo índice, para sumergirlo después más arriba, en el ojeté del culo. Se me comenzaba a nublarse la vista. Un estremecimiento recorría mi pequeño cuerpo delgado y desnudo. Finalmente, mi sexo se crispó y se produjo un estallido de placer. Cuando volví en mí, Christine había acabado de lamer. Me chupaba el chocho, bebía mi goce gota a gota y apoyaba su grupa sobre mi rostro, como si quisiera besarme los labios con los labios de su coño.

(Etiennette [Tiennette, Ninette] aprovecha que sus padres deben ausentarse para pedir y obtener el permiso de ir a dormir a casa de Christine Lacaille. A las 9 h están las tres solas, la señora Lacaille, Christine y Tiennette, que cuenta la historia.)

—¡No puede estar callada! —dice la señora L—. ¡Mira que haberte contado todo eso!

—¡Oh! ¡No tiene nada de malo!

—Es lo que yo digo ; pero en esta casa hay mujeres tan mojigatas, que se escandalizarían si vieran que me hago comer el conejo por mi hija. Tú, al menos, eres razonable. Cuando tengas una hija, harás lo mismo que yo, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¡Claro! Porque, vamos a ver, ¿para qué nos ha dado Dios el coño? Para utilizarlo. ¿Y la lengua? Para meterla dentro. ¿No crees que tengo razón, Tiennette?

—Sí, señora.

—Y si Titine y yo no tenemos más que una cama, ¿qué tendríamos que hacer? ¿Darnos el culo todas las noches y masturbarnos solas? ¡Ah! ¡Mierda! ¿No es cierto, Titine?

—¡Sí, puerca! —dice Christine, dándole una palmadita en el culo.